7827

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

NOTICIAS SUYAS

MONÓLOGO EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1897

7

NOTICIAS SUYAS

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/noticiassuyasmon1167ceba

NOTICIAS SUYAS

MONÓLOGO EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA

Escrito expresamente para la primera actriz

SRTA. D.ª MARÍA CEBALLOS

MADRID
SUCESORES DE RODRÍGUEZ Y ODRIÓZOLA
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1897

Este monólogo es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirle ni representarle en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico Dramática, titulada El Teatro, de D. Florencio Fiscowich, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Sala modestamente amueblada. A la derecha del espectador, en primer término, consola ó cómoda antigua. A la izquierda, en primer término, ventana; en segundo, puerta de salida. Frente á la ventana y la cómoda, en el centro, mesa-camilla con tapete; silloncito á su derecha, y sobre la mesa una cesta con labor.

MARÍA

—¡Que no se detenga, madre;
(Desde la puerta).
que vuelva pronto!—
(Cierra y viene á primer término, sentándose en el silloncito y poniendo en el suelo, á su inmediación, la cesta que hay en la mesa).
Otro día
de esperar...
(Con acento de tristeza y comenzando á preparar su trabajo).
¡Ella también
cuánto sufre!... ¡Pobrecita!
Siempre quiso á Salvador
tanto como si la vida
le hubiera dado... y yo creo
que más... ¿Acaso ella misma

609061

no le adoptó por su gusto?
(Suspendiendo su tarea).
¡Cómo sin querer se fijan
ciertos recuerdos, que nunca
borrarse pueden! Bien niña
era yo, cuando una noche
me dijo madre:—María,
¿le quieres tú á ese muchacho
que juega á las cuatro esquinas
y al escondite contigo,
con la Teresa, la Rita
y el hijo del boticario
y el del alcalde?—En seguida
la pregunté:—¿Uno con ojos
azules?—Justo.—Pues mira,
le quiero porque una tarde
me regaló una estampita,
y además, porque no pega
á los perros.—Eso indica
—repuso madre abrazándome—
que es bueno. Dime, ¿querrías
que viniera aquí á vivir
y á estar siempre en compañía
de nosotras?—Sí; si juega
y no me rompe á Juanita.—
Juanita era mi muñeca
predilecta, era mi amiga,
mi ilusión... ¡Aquella noche
soñé con él! Le veía
con su sonrisa agradable
y su mirada expresiva,
que entraba en casa y me daba
juguetes y golosinas.
(Dejando su labor sobre la mesa y sacando el pañuelo para limpiarse los ojos).
¡Ah! ¡cómo había de darme!...
Huérfano desde aquel día,
sin otro amparo que Dios,
mi madre le recogía,
sólo por su propio impulso,
generosa y compasiva.
Eso sí... ¡tenía un ángel

el chico! Fué una alegría
para nosotras... ¡Tan dócil,
tan dispuesto!... Y á la mía
la daba el nombre de madre
con toda su alma. ¡Qué vida
tan feliz! ¿Qué edad teníamos?
Diez años él; yo... cumplía
siete entonces, y era de alta...
¿Cómo era?...

(Levantándose de pronto y dirigiéndose con viveza hacia la cómoda).

Así. No podía

(Marcando dos veces con la mano á distinta altura del mueble).

llegar aquí con la mano,
bien me acuerdo.

(Volviendo al centro de la escena).

¡Ay! qué de prisa
pasa el tiempo... años corrieron...
nosotras no éramos ricas;
pero mi madre, ya viuda,
con su buen tacto suplía
la falta de hombre, y la hacienda
prosperaba. Ella quería
dar carrera á Salvador
y hacerme á mí señorita,
y entre el cura y el maestro,
que á darnos lección venían,
nos enseñaban historia,
religión, geografía,
urbanidad... ¡qué sé yo
cuántas cosas! Yo salía
con la cabeza hecha un bombo,
¡y más humos!... pero hija,
llegaron para este pueblo
malos aires; nuestras viñas
se perdieron, y además
los trigos y las olivas;
vinieron contribuciones...
embargos... Que de las fincas
nos quedó sólo esta casa
y unas tierras... Fué precisa

gran variación; Salvador
tomó oficio de ebanista
y marchó al pueblo inmediato
para aprenderlo; venía
al ponerse el sol, dos horas,
y las fiestas todo el día...
(Acercándose á la ventana).
Siempre le esperaba aquí;
siempre que aquella colina
pasaba, con mi pañuelo
le daba la bienvenida
anticipada.
(Separándose de la ventana).
¿Por qué
tanta impaciencia? Yo misma
no lo acertaba, mas él
lo descifró.—Hermana mía
—me dijo una vez,—yo anhelo
darte otro nombre; mi dicha
consiste sólo en que quieras
ser mi mujer.—Aturdida,
muda quedé; pero al punto
halló respuesta cumplida...
lo que la lengua callaba,
los ojos se lo decían.
Madre lo supo; esperábamos
casarnos pronto, y la quinta
todo lo frustró; soldado
para Ultramar, entró en filas
y fué á la guerra. Ocho meses
hace ya... ¡Qué triste día!
Bajamos á la estación
con él... los campos, las cimas
de los montes, todo estaba
lleno de nieve, extendida
como un inmenso sudario
sobre la tierra. Abatidas
con el dolor y azotadas
por el viento, que barría
los torbellinos de copos
que nuestra marcha impedían,
llegamos al fin... el último

abrazo nos dió... la vía
quedó libre, el tren partió
y tras él fué nuestra dicha,
nuestra bendición, las almas
de las dos, que le seguían.

. . . . . .

Ya estaba lejos, muy lejos,
como la esperanza mía,
y creyendo oir sus pasos,
el rostro, á veces, volvía,
mientras mis ojos, velados
por las lágrimas, querían
hallar, en vano, sus huellas
bajo la nieve perdidas.
Y aún creía, entre los ecos
traídos por la ventisca,
escuchar el eco dulce
de aquella voz tan querida
que murmuraba en mi oído:
¡Adiós, madre!... ¡Adiós, María!...

. . . . . .

¡Qué lento el tiempo transcurre
desde que solas quedamos!...
Sus cartas eran tan sólo
las que nos prestaban ánimo;
pero van ya cuatro meses
sin saber... ¿Qué le ha pasado?...
¡Estará herido... ó enfermo!...
¿Y por qué pensar lo malo?
Eso debe ocurrir siempre
que hay guerra... habrán asaltado
los trenes... ó se habrá ido
á pique un vapor... ¡Es claro!
Somos ya tan cavilosas
las dos... ¡Le queremos tanto!
Pero él volverá, ¡pues no!
¡Ah! y si tarda... ¡qué cambiado
vendrá! Tostado del sol...
¡Eso es! Y algún bigotazo
de los que acaban en punta,
sedosos y ensortijados...
Ya creo verle con él;

qué bien le estará... ¡Es tan guapo!
(Dirigiéndose hacia la cómoda y sacando de ella una fotografía).
Cuando se fué no tenía
apenas bozo... El retrato
que nos mandó desde Cádiz
al embarcarse. ¡Cuidado
que le sienta bien el traje
de militar! No me canso
de mirarle... Y él, parece
que, al mirarle, me dice algo...
¡Yo también, sí, te lo digo,
que te quiero y te idolatro,
y que soy tuya, y te adoro,
y en ti siempre estoy pensando!
(Besando varias veces el retrato y guardándole).
Todos los días le beso
y le rebeso... ¿Eso es malo?
Yo creo que no; ¡en no habiendo
hombres que lo vean!... Vamos,
pues si los hombres supieran
lo que nosotras pensamos...
Pero no puede decírseles
ni la mitad .. digo... hay casos...
Como Salvador viniera,
yo no podría callarlo,
porque, el pobre, con no verme,
bastante estará penando;
y además de eso, ¡tendríamos
tantas cosas que contarnos!...
¡Conque era antes de marcharse,
viéndonos á cada paso,
y siempre faltaba el tiempo
para hablar lo necesario!
¡Qué días! ¿Y en el otoño,
cuando con madre bajábamos
á coger moras de zarza
por la senda del atajo,
y él me miraba, y yo á él,
y el mundo entero cifrábamos
en aquel valle, testigo
de nuestro bien, con sus campos,

su claro sol, sus arroyos,
sus florestas y sus pájaros,
y en aquella viejecita,
que seguía nuestros pasos
como la bendita sombra
que el amor iba velando?
¿Y cuando íbamos al huerto
las mañanitas de Mayo,
y con las más bellas flores
me hacía tan lindos ramos?
¿Y cuando era la verbena
en la ermita de Santiago,
y al llegar al pie del cerro
me decía muy ufano:
—María, ¿vamos á ver
á quién corre más?—¡Andando!
—le contestaba, queriendo
aventajarle algún paso.—
—¡No te adelantes!—¡Ni tú!—
—No saques el pie...—No saco.—
—¡Espera!—¡Que eso no vale!—
—Ha de ser á un tiempo.—Vamos.—
—A la una... á las dos...

(En el mismo instante en que acaba de pronunciar esta frase suena en la puerta un fuerte golpe).

¡Ay! ¿Quién?

(Asustada primero y después volviéndose).

—¡El cartero!

(Corriendo hacia la puerta, que abre, y recibiendo una carta).

—¡Ah!—¡Con retraso!
—¡Muchas gracias!

(Cerrando y volviendo á primer término).

¡No es su letra!

(Mirando el sobre, que rompe, y desdoblando la carta).

¿Quién me escribirá?

(Buscando la firma).

«¡Juan Ramos!»

(Con sorpresa é inquietud).

¡El que estaba de cajista
en Madrid al ser soldado!

Su amigo... que fué á la guerra
un año antes... ¡es extraño!
¿Por qué me escribe? Yo temo...
¡Ay, Jesús mío, amparadnos!
(Leyendo con creciente ansiedad y emoción hasta el final).
«Maruja, antes de escribirte
he pensado mucho en ello,
pues por no darte el pesar
quería guardar silencio;
pero cargo de conciencia
se me hacía, conociendo
lo que pasa, no decirlo
á quien más debe saberlo.
No sé cuándo estos renglones
podrán llegar á ese pueblo,
que estoy en un fuerte aislado,
y casi nunca tenemos
proporción de que las cartas
alcancen algún correo.
Ayer pasó una columna
llevando heridos y enfermos
á la capital, si logran
llegar allí sin tropiezo.
Entre los heridos iba
mi amigo Salvador Puerto,
tu novio; traté de hablarle
en el corto alto que hicieron
y no pude, por haber
perdido el conocimiento.
Lo más grave es un balazo
que ha recibido en el pecho,
con otras heridas leves
en un brazo y en el cuello.
Pero ten valor, que hay físicos
en el hospital muy buenos,
y otros han ido peor
todavía y no se han muerto.»
(Terminando la lectura y abandonándose por completo á la violencia del dolor).
¡Herido! ¡Acaso perdida
la esperanza, y ni el consuelo

de que mi amoroso anhelo
llegue á disputar su vida!
¡Ah! si esa vida el deber
por la patria ha reclamado,
y ante su nombre sagrado
sólo puedo enmudecer,
¡Dios mío, escuchadme vos
y haced, si él ha sucumbido,
que la bala que le ha herido
nos dé la muerte á los dos!
(Tras una breve pausa y enjugándose las lágrimas).
Pero ¿por qué he de abatirme
de ese modo? Si no hay nada,
nada que pueda probarme
como cierta mi desgracia.
(Tratando de dominar su emoción y mirando la fecha de la carta)
¡Hace ya más de tres meses
que Juan escribió esta carta!...
¿No se hubiera aquí sabido?...
Hay que esperar, tener calma;
si madre vuelve y me ve,
sólo mi dolor la mata.
¡Por ella!... por ella debo
callar... contener las lágrimas...
(Prorrumpiendo en sollozos).
¡Oh! no puedo... no; no puedo...
¡Si se desbordan y saltan
y abrasan mis ojos...
(Suena un nuevo golpe, dado también con fuerza).
¡Ah!
Otra vez... otra vez llaman...
¡y ahora tampoco es mi madre!
(Dejando la carta sobre la mesa y dirigiéndose hacia la puerta, que abre).
—¿Quién?—¡Nicolás!—(¡Dios me valga!)
—¡Un parte!—Dámelo.
(Tomándolo). Vuelve,
ya lo firmará.—Sí.—Gracias.—
(Cerrando y volviendo á primer término. Rompe el sobre del cablegrama y desdobla el pliego con febril ansiedad, esforzándose por ver su contenido).

Tiemblo... no acierto á leer...
la vista pierdo... me espanta...
(Limpiándose los ojos).
¡Ah! Su nombre... ¡Virgen santa,
dame Tú luz para ver!
(Comenzando á leer con voz trémula y entrecortada, recobrándose por grados, y marcando la expansión de su felicidad con nuevos timbres y energía conforme avanza en la lectura).
«Soldado Salvador Puerto
luchó solo contra siete,
herido bala y machete
dejáronle ya por muerto;
columna en operación
le halló; milagrosa cura
le salva; es, por su bravura,
orgullo de la nación.
Del hospital director,
al reponerse he hablado
al héroe; me ha rogado
comunique está mejor
á su madre y prometida,
lo cual me es grato cumplir,
si bien es poco pedir
por quien así da la vida;
y de orden del general
se añade al parte que expido:
La cruz laureada al herido
que vuelve al pueblo natal.»

. . . . . .

¡Vuelve! ¡Y sobre el pecho amado
la cruz que honor aquilata!...
No; la alegría no mata
¡cuando á mí no me ha matado!
¡Matar!... ¡Si empiezo á vivir!
(Poniendo las manos sobre el corazón).
¡Si sólo desde hoy palpita,
y el alma dicha infinita
ha comenzado á sentir!
¡Si anhelo reir... gritar...
si también circula ardiente
la sangre que ese valiente

ha sabido derramar!
¡Ah! y mi madre no está aquí...
¡Quiero darte, madre mía,
la mitad de esta alegría
que está rebosando en mí!
(Dirigiéndose hacia la cómoda y sacando un pañuelo para ponérselo al cuello).
Corro... sí... ¿quién me detiene?
¡Sepa su vuelta... y su hazaña!...
(Suenan unos golpecitos leves en la puerta; María, al oirlos, se quita el pañuelo, que no ha concluido de ponerse, lo arroja al aire y corre frenética al encuentro de su madre).
¡Ah! ya es ella... ¡Viva España!
¡Madre! ¡que viene... que viene! — *(Telón rápido).*

FIN DEL MONÓLOGO

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Principales librerías y oficinas de la Galería Lírico Dramática EL TEATRO.

PROVINCIAS, EXTRANJERO Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la expresada Galería, ó haciendo los pedidos directamente al Editor.

ÚLTIMAS OBRAS DEL AUTOR

El Loco de San Onofre.—La Rendición de Granada.

Estos magníficos dramas, acogidos con entusiasta aplauso por el público y la prensa, se hallan de venta en los mismos puntos anteriormente citados.